

## **Domingo XXIV del Tiempo Ordinario (15-09-24)**

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Querido padre Tomás Garván, que ha venido con sus acólitos a visitarnos hoy día. Él es de la Parroquia Mercedarias de Barrios Altos. Le damos un aplauso a todos ellos, muchas gracias. A Tomasito lo quiero mucho porque, con tanta generosidad, aceptó esa parroquia y está haciendo un trabajo muy lindo, porque está llevando a los Barrios Altos más lejos de la altura a la cual estaban dedicados; está llevándolos a ser una comunidad viva, llena de alegría, de sentimiento, de esperanza y de bondad.

Hoy día, este texto que hemos leído del Evangelio (Marcos 8,27-35), y todas las lecturas, nos recuerdan algo muy importante que, además, el Santo Padre el día de hoy nos ha recordado: que todos tenemos que encontrar, poquito a poco, quién es el Señor. Y es necesario respondernos a esa pregunta, porque nosotros nos hacemos imágenes distintas de acuerdo a cómo vivimos. Uno puede ser amigo de una persona, pero siempre uno ve en una persona algo que le siente por ella, hasta que uno comprende cómo es en si misma la persona a la que conoce.

Una de las cosas más importantes en la vida es aprender a querer a alguien como es, no como lo imaginamos, porque, normalmente, lo imaginamos de acuerdo a nuestros sentimientos o proyecciones. El asunto es rendirnos ante la realidad del otro, como ante nosotros mismos. A veces, uno tiene un “super ego” que no tiene nada que ver con el ego. El ego, como es uno, es distinto a cómo se cree. Y hay

personas que se creen la “divina pomada” y no son tan divina pomada. Bueno, el proceso de la fe también es así.

El Señor nos llama, Él entra en nuestras vidas como un don. Dios lo mandó como el Hijo para salvar al mundo porque nos amó. Nos dice el evangelista Juan: “Amó tanto Dios al mundo que entregó a su Hijo”. Y lo entregó gratuitamente, pero a ese Hijo que acogemos, como lo imaginamos de diversas maneras, tenemos poco a poco que adaptarnos a Él mismo como es: el Hijo amado del Padre que quiere que, a través del servicio y del amor, podamos resolver todos los problemas del mundo. Para eso, hay que profundizar.

Por eso a Jesús le interesa saber más o menos qué piensa la gente y también cómo los discípulos, que han caminado con Él, pues han ido entendiendo. Y eso resulta un poco complicado porque, por una parte, miren ustedes las comparaciones que hace la gente diciendo que Jesús se parece a los profetas. Es muy interesante porque están rescatando algo muy antiguo. Ya no había profetas en época de Jesús, el último era Juan Bautista; pero antes de todo eso había seis siglos de ausencia y, sin embargo, recordaban eso de su fe porque los profetas habían luchado por la gente, habían dado su vida muy concretamente, como nosotros lo tenemos también en nuestra historia con mucha gente que ha dado su vida por nosotros. Sin embargo, Jesús les pregunta a sus discípulos: “Ustedes - que tienen experiencia conmigo - ¿quién piensan que soy yo? ¿Quién piensan quien es el Hijo del Hombre?”.

Y la respuesta de Pedro, que todos la conocemos y la seguimos: “Tú eres el Mesías”, es decir, el Cristo, el Ungido de Dios, aquel que tiene la presencia viva de Dios y viene a

anunciar a Dios en nuestra historia. En eso, Pedro tiene razón, pero él tenía un problema: que, para él, ese Mesías tenía que ser un tipo poderoso, fuerte, que les “sacara la mugre” a sus enemigos. Y, entonces, había reducido al Señor casi a una especie de líder político, y Jesús no era eso.

Por eso, el Señor le dice unas palabras muy duras: “Ponte detrás de Mí, satanás”. El Señor interroga al primer Papa de la historia y le llama la atención ¿Por qué? Porque muchas veces ocurre que, cuando conocemos a una persona que es valiosa e interesante, nosotros, inmediatamente, le agregamos nuestros deseos. Eso sucedía con Pedro y con todo el grupo de discípulos que venían de Galilea. Los galileos se la tenían “jurada” a los de Jerusalén, había una rivalidad histórica entre ellos. Es como la rivalidad que pueden tener los provincianos con Lima por todos los errores que hemos cometido los limeños y cómo hemos maltratado muchas veces a los pueblos de alrededor. Felizmente, ahora muchos se han hecho a la ciudad y somos una ciudad más acogedora. Ojalá que sigamos en ese plan y no en una ciudad que se cree la “divina pomada” y desprecia a la gente.

Pedro, entonces, todavía tenía ese encono, y los galileos habían sufrido mucho por el peso que hacía Jerusalén sobre el pueblo. Por eso, Pedro decía que Jesús es el Mesías, pero en el sentido político. Y Jesús no es un líder político, Jesús es aquel que viene a descubrirnos lo más profundo de nuestra humanidad, que es el ser hijos y el ser hermanos de los demás. Y esa es la misión también de la iglesia. Esto es muy importante porque, para poder descubrir la identidad de Jesús, como dijo hoy día el Papa en el Ángelus, no es cuestión de repetir simplemente

definiciones que aprendemos en la catequesis. La catequesis nos sirve para tomar conciencia de muchas cosas y estudiar un poquito más, pero la catequesis no sustituye la fe. La fe es algo vivo, la catequesis es una reflexión. Y, quizás, más que la catequesis, necesitamos todos los días, además de la catequesis y antes de ella, leer los evangelios directamente, porque ahí está el Jesús que camina y va ayudando.

Por ejemplo, ahora que están aquí los confirmados de la Parroquia El Sagrario, están caminando hacia la confirmación, pero conociendo al Señor. ¿Y cómo se conoce al Señor? No por medio solo de doctrina, sino también y sobre todo, por medio de la lectura directa de ese texto que nos dejó la Iglesia y que nos habla del camino de Jesús, siempre en camino.

¿Y qué pasa en el camino? En el camino, Jesús se encuentra con distintas personas. Hemos visto la semana pasada cómo se encontró con el sordomudo y cómo lo trata. Y su trato es distinto que, por ejemplo, el de la samaritana, a quien le dedica palabras dulces pero la pobre no lo entiende. La samaritana tenía cinco maridos, estaba escondiendo su realidad, y Jesús le llega al corazón. Este camino con distintas personas y encuentros es el camino también de la Iglesia, y por eso el Papa habla de una Iglesia sinodal que significa “caminar juntos”. Pero ¿caminar juntos para qué?, para ser una Iglesia que sepa responder a los desafíos que se presentan en el camino y rehacer la Iglesia conforme al camino. Si no hacemos así, nuestra Iglesia, entonces, ya tiene adquirido todo, está “bien hecho” y, entonces, es una cosa que se impone a la gente.

Este concepto es muy serio porque viene del mundo moderno. El mundo moderno ha inventado que el ser humano es el que hace la historia. Y, entonces, el mejor ejemplo del que hace la historia es la del dictador, que impone las cosas y que se expande y va capturando. Es eso que el Papa llama el "conquistar espacios". De hecho, los conquistadores vinieron aquí en inicio de la época moderna y vinieron a conquistar y a dominar. El camino de la Iglesia no puede ser ese. Y la Iglesia, a veces, cayó en esa tentación de conquistar a la gente, dominar a la gente, reducir a la gente a unos cuatro conceptos y hacer que todo el mundo, como papagayos, se ponga a repetir las cosas. Y la Iglesia no se dedicó a formar, no suscitar en cada persona una libertad, un proceso progresivo de entendimiento del Señor. Al Señor no lo entendemos automáticamente, y la Iglesia no puede seguir formando en serie. La Iglesia tiene que saber entender cada situación y responder a las distintas situaciones. Para eso, todos tenemos que colaborar.

Ayer he estado en la Parroquia Santísima Cruz de Barranco porque cumplió 120 años. Y en esta Iglesia, hoy día, había una comunidad como la de ustedes, pero tenemos un barrio que ya no es el mismo de antes. Antes, Barranco era un barrio de amigos, de "patas"; ahora es un barrio de negocios y de diversión. Entonces, ¿cómo anunciar el Evangelio ahora en esa nueva situación?

¿Se acuerdan ustedes del Padre Antonio Mas? Bueno, su pastoral, en Zaragoza, es en los bares. Y en los bares se va a buscar a los drogatas, a los borrachos, a los sidosos ... y conversa con ellos allí. Está especializado en anunciar el Evangelio a esas personas. Bueno, no todos tenemos vocación para eso, pero todos tenemos que ver que, en la

Iglesia, todos podemos llegar a toda la gente, y mostrarle que el Señor está escondido en su vida, que el Señor está para acompañarlo y ayudarlo a comprender poco a poco cómo salir de esta situación y encontrar el camino del amor. Y eso tiene una exigencia: la enorme paciencia de la Iglesia para poder llegar a todos.

Por eso, el Papa Francisco insiste en que solamente si preguntamos y dialogamos con cada grupo, con cada persona, entonces, avanzamos. Hoy día tenemos, por ejemplo, la alegría de tener a los contadores en nuestra Catedral. Entonces, hagamos una Iglesia de buena contabilidad y un mundo bien contabilizado, de tal manera que no haya “trafas”, que no haya evasión de la ley de los impuestos, en donde, en este momento, alguna gente lo burla, sobre todo, algunas personas especiales y otras que no llevan cuentas de nada y es toda una anarquía. A nosotros, en el Arzobispado de Lima, hemos tenido que hacer un reordenamiento contable.

Hermanos y hermanas, en todas las cosas que nosotros hacemos está el Señor presente como aquel que nos llama a profundizar cosas al servicio del amor. Evidentemente, se puede usar distintas cosas para otras cosas, pero el amor de la Iglesia es que, en todos los ámbitos en donde estamos, el amor del Señor llegue, la gente sea profunda y realice el aspecto más grande de la vida de la gente, que es la capacidad de amar y de servir, la capacidad de integrar las relaciones para que todos vivamos felices y verdaderamente alegres.

Y, por eso, entonces, si bien es cierto que Jesús no es un líder político, es un líder humanizador, es un líder para fortalecer lo humano desde su divinidad de hijo del Padre, y con esa fuerza que sabemos que tiene que profundizarse

cada vez más, vamos desarrollando distintas maneras de vivir la fe en las diferentes personas y cada uno según su vocación. Y eso es bonito porque uno hace las cosas de acuerdo con lo que le nace, a lo que se imagina, pero sobrentodo desde lo que Jesús nos inspira, no de acuerdo con lo que se nos impone, sino de lo que la fe a cada uno le suscita, abriéndole la posibilidad de crecer y de hacer unas comunidades distintas.

Nuestra Iglesia de Lima viene, desde hace seis años, con esta misión que nos ha encargado el Santo Padre, y que empieza desde Santo Toribio de Mogrovejo que supo acercarse para que la gente, recibiendo a Jesús, pudiera construir distintas maneras de vivir la experiencia de fe. En eso consisten las comunidades cristianas, no en una especie de uniformidad, sino una unidad en la diversidad. Y así se camina y se crece juntos.

Hoy día, entonces, hermanos y hermanas, profundicemos quién es Jesús para nosotros. No el que está solamente en el catecismo, sino el que estamos viviendo cada uno y encontramos al escuchar su palabra plamanda en el evangelio. Y preguntémonos: ¿Cómo está el Señor enseñándonos algo nuevo? ¿Qué estamos descubriendo de nuevo del Señor?. Y como el Señor siempre ha entregado su vida por nosotros hasta la muerte y ha resucitado, siempre hay que encontrar cómo el Señor está muriendo en nuestras situaciones y está resucitando.

Que Dios los bendiga, hermanos, y que este redescubrimiento permanente del Señor nos lleve por caminos distintos y confluyentes. Y nuestros jóvenes también puedan descubrir al Señor en su juventud y puedan crecer y, luego, madurar, enamorarse, formar familias, ser profesionales, andar por el mundo haciendo

cosas lindas. Que Dios los bendiga, hermanos contadores, y que todos sigamos el camino que el Señor nos pide, que es reconocer su presencia en nosotros y en nuestras relaciones, cada vez más profundamente.

Amén